

ANTONIO FUENTES MENDIOLA

LA ALEGRÍA DE PERDONAR
EL ODIO SUPERADO POR EL AMOR

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2010

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PRIMERA PARTE: DUREZA DE CORAZÓN	13
I. DE LA ARMONÍA AL DESORDEN	25
II. CORAZONES DE PIEDRA	35
III. LA HISTORIA SE REPITE	47
SEGUNDA PARTE: MUROS DE DISCORDIA.	63
I. EL ORGULLO HERIDO	65
II. EL RENCOR Y LA VENGANZA	75
III. LA MURMURACIÓN	85
IV. ESPERANZA DE PERDÓN	97
V. LA FUERZA DE UNA PARÁBOLA.	103
TERCERA PARTE: LLAMADOS A PERDONAR.	111
I. LA NOVEDAD DE UN MENSAJE.	117
II. SIGNIFICADO DEL PERDÓN	123

III. ¿CUÁNTAS VECES HE DE PERDONAR?	127
IV. PRINCIPALES ESCOLLOS	133
La envidia	136
El resentimiento	138
El recuerdo de los agravios	142
Las humillaciones no aceptadas	147
V. PERDONAR SIN CONDICIONES	153
CUARTA PARTE: MOTIVOS PARA EL PERDÓN.	165
I. CREADOS PARA AMAR	169
II. DE LA LEY DEL TALIÓN A LA DEL AMOR.	173
III. SE NOS PERDONA SI PERDONAMOS	179
IV. PERDONAR INCLUSO AL ENEMIGO	183
V. AL PERDONAR SE RECUPERA LA PAZ	189
VI. PERDONANDO SE GANA EN ALEGRÍA	199
QUINTA PARTE: APRENDER A PERDONAR	211
I. TAREA DE LA VOLUNTAD	215
II. ESFORZARSE POR COMPRENDER	229
III. PRONTITUD PARA PERDONAR.	239
IV. INTENTAR OLVIDAR.	251
V. BUSCAR LA CONCORDIA	265

PRÓLOGO

Perdonar, y hacerlo de corazón, es una asignatura importante pero difícil de cursar. Hoy, sin embargo, la necesitamos quizá más que nunca. Vemos cómo a nuestro alrededor en lugar del amor impera el odio, no pocas veces acompañado del deseo de venganza. Tal vez por educación o cortesía se pasen por alto gestos soeces o detalles impertinentes que molestan. Queda dentro no obstante el escozor y la ira. Algunos disimulan, intentan poner buena cara. En realidad no superan su enfado y sienten la indignación. Al negarse a perdonar, no sólo dejan de vivir la caridad, sino que además pierden algo tan importante como la paz y la alegría.

Hemos sido creados para amar, para ser felices. Aun sabiéndolo, nos cuesta dominar los enfados, las reacciones de mal humor. Por lo que caemos en las garras del resentimiento, subproducto del odio que hoy se ha convertido en moneda de curso legal. La persona resentida se aísla, y por guardar rencor ni perdona ni olvida. Entorpece la amistad, pone trabas a la convivencia. Para justificarse, algunos alegan: «¡pero cómo voy a perdonar a este imbécil, que me ha llamado de todo menos bonito!» Y se quedan ahí, alimentando en su interior el gusanillo del rencor.

Sin amor del bueno, qué difícil resulta encajar un agravio, superar una ofensa. Se tiende a juzgar y a criticar, sin tener todos los datos, sin caer en la cuenta de que mucho más tiene que perdonarnos a nosotros el Señor. Quizá alguno, en un arranque de generosidad, proclame a bombo y platillo: «Yo perdono, pero no olvido». ¿Acaso puede decir que perdona de verdad quien no está dispuesto a olvidar? ¿Puede llamarse sincero ese perdón? De todo ello hablaremos a lo largo de este libro.

Comencemos con una anécdota. No hace mucho me presentaron a un hombre, sirio de origen. En la conversación salió a relucir, como era inevitable, la dramática situación que sigue enfrentando a palestinos e israelíes. Lo peor –argumentaba él– es que va pasando el tiempo y los problemas siguen sin resolverse. Aún conservaba frescos en su memoria los intensos bombardeos israelíes sobre la sufrida franja de Gaza. Miles de víctimas inocentes perdieron la vida, entre ellas numerosos niños y mujeres. Y todo, ¿para qué?, se preguntaba. Esa violencia no ha hecho sino potenciar el odio y los deseos de venganza entre dos pueblos que deberían tratarse como hermanos. El muro que ahora los divide es símbolo palpable de la discordia entre ellos, del odio y del enfrentamiento que todavía hoy subsisten.

Al llegar aquí, mi interlocutor saltó enfurecido. Perdóneme, me dijo, pero es que no puedo contenerme. Y salió de su boca una retahíla de insultos e improperios contra los israelíes. Su odio no podía ser más patente. Le respondí que, por cristianos –él es ortodoxo–, estamos obligados a vivir la caridad, que lleva a comprender y disculpar, aun cuando como en este caso se trate de hechos de tanta gravedad. Habrá que pedir que se haga justicia, que se restituya por los daños sufridos. Pero nin-

gún hombre de bien, y menos un cristiano, debe alimentar en su corazón el odio ni el deseo de venganza. Lo comprendía, pero lo de perdonar lo veía como algo que le superaba. Tal vez sin darse cuenta –y como él muchos otros–, había ido alimentando en su corazón un combustible que podía hacer saltar por los aires todo intento de paz y reconciliación.

Es un clima de tensión que, por desgracia, no se da sólo en Oriente Próximo. Las guerras, enfrentamientos y discordias se suceden en otros muchos lugares del mundo. Naciones y familias enteras se ven cada día afectadas por un odio y hostilidad que no hace distinción de raza, cultura o creencia. ¿Por qué? ¿Dónde hallar la causa de semejantes conflictos? Como tendremos ocasión de ver, no está fuera sino dentro del mismo hombre: en su soberbia y ambición de poder, en su codicia y afán de dominio. Llega a ser tan fuerte, que puede cegarle hasta el extremo de despreciar la vida de su prójimo. Lo vemos a diario. Litigios entre hermanos, peleas en el hogar, enfrentamientos entre grupos políticos, celos y revanchas entre empresarios y trabajadores... Todo por falta de cordura, por egoísmo. Pierden así una ocasión espléndida para llegar al entendimiento, para convertir el enfrentamiento en punto de encuentro y reconciliación.

Algunos piensan que lo de pedir perdón y perdonar es algo pasado de moda. Lo consideran una pieza de museo, grata de ver y quizá de admirar, pero en realidad carente de utilidad. Craso error. Sin ejercitar el perdón, el hombre se iría sumergiendo poco a poco en el odio y la desconfianza, vería a su prójimo más como enemigo que como amigo. El odio es un cáncer para la vida del alma que produce multitud de daños colaterales: inficiona la vida del espíritu, oscurece la inteligencia, debilita la

voluntad, y aun los sentimientos se quedan sin referente seguro. Es verdad que lo que se dice perdonar es algo que sólo lo puede hacer Dios. Pero también todo aquel a quien Él le conceda ese don. Y estamos seguros de que se lo concede a la persona sencilla y humilde de corazón.

Del mandamiento del Amor deriva la necesidad de perdonar. Tendremos ocasión de verlo en el Sermón de la Montaña. Oiremos al Maestro pronunciar un mensaje del todo nuevo, totalmente revolucionario. Tanto, que después de veinte siglos sigue escandalizando a muchos, sobre todo a quienes quisieran imponernos los cánones de un materialismo ateo o los postulados de un permisivismo laicista. Con ello no hacen sino provocar enfrentamientos, avivar los recuerdos del pasado, encender el odio y los deseos de venganza aun entre parientes y amigos.

A este reto nos enfrentamos hoy. Estamos seguros de superarlo si, por amor a Dios, aprendemos a perdonar. No sólo por nuestro esfuerzo personal, sino sobre todo por confiar en la gracia de Dios. Sólo entonces el amor vencerá al odio, y se impondrá la reconciliación a la venganza y la discordia. Gozosos podremos escuchar las palabras que el Señor nos dirigirá: «Bienaventurados, felices seréis, por haber sabido comprender y disculpar, por haber superado con el amor todo rastro de odio y venganza. Me siento muy orgulloso de vosotros por haberos convertido en instrumentos de mi paz y alegría para cuantos sufrían la tristeza por falta de amor y cariño. ¡Benditos seáis! Os habéis convertido en auténticos focos de esperanza».

A.F.M.

PRIMERA PARTE

DUREZA DE CORAZÓN

Hace ya muchos siglos, Sócrates se topó un día en el templo de Apolo en Delfos con una inscripción que cambió su vida. Decía así: «Hombre, concóctete a ti mismo». Como los filósofos que le habían precedido, él estaba interesado en el conocimiento del cosmos, quería saber las intimidades del universo. Este descubrimiento dio a su pensamiento un giro nuevo, que tendría una influencia decisiva en los filósofos posteriores. Al leer la inscripción, se decía: ¿cómo puedo conocer el universo si no me conozco a mí mismo? Y fue así como se inició la filosofía humanista. Todo esto sucedía unos cuatro siglos antes de Cristo.

Por la revelación sabemos que el hombre fue creado para amar a Dios y darle gloria, es decir, para servirle y ser feliz. Lo sabemos, pero hemos de reconocer que tiene escasa influencia en nuestras vidas. Para algunos es un conocimiento meramente teórico. Y lo es porque en la práctica viven como si Dios no existiera. No es raro que pierdan así la paz, que se esfume su alegría. Insensibles a la acción de la gracia, van dejando que su corazón se endurezca, convirtiéndose en el centro de sus pensamientos y proyectos. Si alguien se lo impide, le odiarán y se volverán vengativos. No es una simple posibilidad. Por orgullo, el hombre cae infinidad de veces en un

abismo de insolencia y despotismo. Olvidado de Dios, ya no le ama, como tampoco a su prójimo.

Hay quienes se excusan y tratan de justificarse diciendo que actúan así como consecuencia de su carácter. Si se conocieran mejor, sabrían que la causa está en su orgullo y vanidad. No es cuestión de carácter, sino de amor. Y en el amor no caben las excusas. Por cristianos sabemos que es imposible amar a Dios si no amamos a nuestros hermanos. Nos lo recuerda el apóstol san Juan. «Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un embustero; pues quien no ama a su hermano al que ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Este mandamiento tenemos de Él: que quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4, 20-21). En esto reside el amor verdadero, el que nos permite interesarnos por el prójimo y querer para él lo mejor.

Existe una prueba irrefutable para comprobar nuestro grado de amor al prójimo. Basta con preguntarse: ¿amo a mi prójimo como a mí mismo, no sólo de palabra, sino con obras y de verdad? ¿Siento rabia o indignación cuando me ofende, o le perdono con alegría sin guardarle rencor? Estas preguntas nos ponen cara a cara con la enseñanza del Maestro. Él pide que amemos al prójimo como a nosotros mismos; en consecuencia, que lo perdonemos si nos ha ofendido. No sólo cuando se trata de un amigo, sino también de un enemigo. Así demostraremos que amamos de verdad a Dios.

Es lo primero que hemos de aprender: amar y perdonar a todos, por grande que sea el daño que nos hayan hecho. Sin juzgarles, sin criticarles, porque podríamos equivocarnos. Es verdad que se ha ganado mucho en sensibilidad social, pero aún es muy largo el camino que se ha de recorrer para amar al prójimo como a uno mis-

mo, y por lo tanto para disculparle y perdonarle. Es una exigencia del mandamiento nuevo del Amor. Un amor que debe manifestarse en comprensión y benevolencia, a través de un corazón que siente y ama. No podemos permanecer impávidos ante el dolor ajeno. ¿Cómo no sentir pena por los males que aquejan a la humanidad, por las violaciones de los derechos humanos, por las guerras y enfrentamientos que tantas víctimas ha causado. Todo ello naturalmente nos hace sufrir. ¿Cómo quedar indiferentes ante los movimientos sísmicos que han asolado territorios enteros, como el tsunami del Índico, los terremotos de Haití o de Chile, o el más reciente de China? No es suficiente con sentir dolor o pena. En la medida de lo posible, cada cual tendrá que ver el modo de ayudar según sus circunstancias.

No se trata de echar la culpa a nadie de semejantes desgracias. De nada sirve preguntarse el porqué de esas muertes. No estamos en condiciones de desvelar el misterio que envuelve la existencia del hombre. Supera nuestra capacidad. Dios, y solo Él, conoce el porqué de las cosas. No nos dejemos llevar de los sentimientos, nos rebelaríamos contra Él. Y al enojarnos le echaríamos en cara su despreocupación y falta de amor por las criaturas. Bien sabemos que no es así. Por el profeta Isaías nos recuerda: «¿Acaso puede olvidar una mujer a su niño de pecho sin compadecerse del niño de sus entrañas? Pues aunque esas lleguen a olvidarse, Yo jamás te olvidaré» (*Is* 49, 15). Cómo podría hacerlo, si nos ha creado por amor y quiere siempre lo mejor para sus criaturas. Sería una contradicción que intentara causarnos algún daño. Razonemos con la cabeza, no con el sentimiento. Confiemos en su Providencia, conscientes de que sabe muy bien lo que hace. Nos resultará difícil entender por qué permite esas muertes o por qué

calla y nos parece que no responde a nuestras demandas. Pero lejos de pensar mal de Él, aceptemos su voluntad y esperemos contra toda esperanza.

EN QUÉ ESPERAR

Puede servirnos de referente lo sucedido a Marcel Proust, que en una situación de angustia cual fue la muerte de su madre, se preguntaba: «¿Dónde está la verdad, en la visión o en la alegría? ¿Cuál de las dos es la Verdad?» Se lo preguntaba angustiado pensando que había matado a su madre a disgustos, a pesar de lo mucho que la quería. La vida, después de la muerte de su madre, se le presentaba como la solución sin continuidad de la alegría que proporciona una vida llena de oportunidades, y a la vez la terrorífica perspectiva de la «visión» de un rostro petrificado por la muerte. ¿Visión o alegría? No atinaba a dar una respuesta plausible. «Es necesario –comenta en este sentido G. Villapalos– estar singularmente bendecido por Dios para captar estas dos facetas inseparables de la existencia. Pero, al mismo tiempo, cuando leemos este pasaje compartimos el sufrimiento del hombre a cuyo entendimiento no le ha sido dado conocer la Verdad y, angustiado, trata de encontrar una respuesta a la interrogante suprema».

También puede ocurrirnos a nosotros. Es verdad que hemos avanzado mucho en conocimientos científicos, que el hombre ha sido capaz de explorar el universo y hallar nuevas fuentes de energía. Pero sigue costándonos elevarnos desde nuestra condición de criaturas a las alturas del amor de Dios; si no le conocemos, difícilmente podremos conocer sus planes. Sin amor, el corazón se vuelve traicionero, perdido en una selva de sentimientos encontrados: de amor y de odio, de absolución

y de venganza. Con lo que pierde la paz y verá impotente cómo se esfuma su alegría. ¿En qué esperar? Probablemente no lo sepa. Intentará echar la culpa a otros de los problemas que sufre la humanidad, y aun de sus propios problemas. Y se sentirá defraudado, agraviado y ofendido si no logra sus objetivos. Y terminará sin saber por dónde ir, sin orden ni concierto. Quizá pida ayuda, pero tal vez no la encuentre. Sin darse cuenta, se irán enfriando sus sentimientos y aparecerá la dureza de su corazón, y con ella la insensibilidad para captar las necesidades de su prójimo.

No sabemos cómo sería el hombre primitivo, por qué instintos se regiría o que grado de sensibilidad tendría. Algo sabemos del hombre actual. A pesar de su nivel de vida, sufre en su espíritu una enfermedad que podría calificarse de contagiosa y progresiva: el egoísmo. Preocupado de sí mismo, no sabe realmente en qué esperar, qué camino debe tomar. Aspira a lo mejor para sí, y se olvida del que tiene a su lado. Por egoísmo hace acepción de personas y se erige en juez de conductas ajenas. Por dureza e insensibilidad de corazón, le cuesta mucho comprender y disculpar. Es más, se enojará por los agravios que recibe, protestará y se llenará de odio y hasta de deseos de venganza. El Conde de Maistre decía que no se había asomado a la conciencia de un criminal, pero sí a la de un hombre honrado, y era espantosa. La misma Escritura nos recuerda que «el justo cae siete veces al día, y otras tantas se levanta» (*Pr* 24, 16). En verdad, nadie es perfecto. Pero quien es prudente y sensato, rectifica y pide perdón. No se conforma con sus defectos. Con humildad se levantará tantas veces como caiga, y lejos de fiarse de sí mismo confiará en la misericordia de Dios.